

Robert SOUTHEY, «Carta XXXI. Viaje a Oxford. Viaje en diligencia y compañía, de *Cartas desde Inglaterra*»

Robert SOUTHEY, «Letter XXXI. Journey to Oxford.— Stage-Coach Travelling and Company, from *Letters from England*»

Traducido por JANIRE ASENSIO CANTERO

Universidad de Valladolid. Facultad de Traducción e Interpretación. Campus Duques de Soria, s/n. 42004, Soria.

Dirección de correo electrónico: janireasensio7@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3922-3044>

Recibido/Received: 09/05/2022. Aceptado/Aceptado: 12/05/2022.

Cómo citar/How to cite: Southey, Robert, «Carta XXXI. Viaje a Oxford. Viaje en diligencia y compañía, *Cartas desde Inglaterra*», trad. Janire Asensio Cantero, *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 25 (2023): pp. 547-554.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.25.2023.547-554>

INTRODUCCIÓN

El romántico inglés Robert Southey (1774-1843) pasó parte de su infancia fuera de casa con una tía suya y tuvo una infancia aislada y solitaria, pero que gracias a la cual descubrió pronto el placer de la lectura y de la escritura. Se formó en Westminster, de donde fue expulsado por criticar los castigos físicos que allí se sufrían, y en el Balliol College de la Universidad de Oxford, pero abandonó sus estudios en 1793. Poco más tarde, volvió a Oxford para estudiar medicina esta vez, pero tampoco terminó estos estudios. Tras comprometerse con Edith Fricker, se vio en la obligación de buscar trabajo para mantener a su familia, aunque su único deseo era ser escritor, vocación que compaginó a lo largo de su vida con trabajos varios. En 1794 conoció a Samuel Coleridge (1772-1834), con quien planeó una utopía basada en la propiedad común llamada «pantisocracia». En 1795, su tío Herbert, preocupado por las decisiones que estaba tomando, le animó a viajar a Portugal y España antes de empezar a estudiar Derecho en Londres. Más tarde volvió a tierras portuguesas entre 1800-1801. En 1803, tras perder a su primera hija, él y su esposa se mudaron a Greta Hall, residencia de Coleridge

y la hermana de Edith, casada con el poeta, donde permanecieron hasta el final de sus días (Speck, 2006.).

En lo que a su trabajo respecta, a lo largo de su carrera escribió alrededor de cuarenta y cinco libros, cientos de poemas cortos y multitud de artículos. Se conoce a Southey junto a los escritores contemporáneos William Wordsworth (1770-1850) y el ya mencionado Coleridge, como «lakistas», por el Lake District de Inglaterra a donde se mudaron buena parte de su vida, un grupo de poetas ingleses con tendencias románticas de comienzos del siglo XIX. Southey encontró inspiración en autores como Jonathan Swift (1667-1745) y Daniel Defoe (1660-1731), con los que se sentía identificado. Destacó más por su prosa que por sus versos e hizo grandes aportaciones a la literatura inglesa, pues introdujo un lenguaje más relajado y preciso en comparación al lenguaje artificioso establecido a finales del siglo XVIII (Simmons, 1945).

Southey mostró gran admiración por la literatura y cultura española y portuguesa. Llevó a cabo varias traducciones desde estos idiomas y escribió obras basadas en las tradiciones en dichas tierras peninsulares. Fue un traductor talentoso, con gran conocimiento de su oficio y sentido común. Sus dos traducciones de obras españolas más brillantes fueron *Amadis of Gaul* (1803) y *Chronicle of the Cid* (1808) (Zarandona, 1992-1994, pp. 7-27).

En *Letters from England* (1803-1807), Southey hizo pasar su obra por la traducción de las cartas del viajero español Don Manuel Alvarez Espriella. Creía que el libro podía ser un superventas y que el anonimato lo protegería de las críticas de sus enemigos. El libro apenas tiene fallos que delaten a Southey, pero, si bien solo unos pocos amigos cercanos conocían el secreto, muchos lectores adivinaron pronto que el escritor era inglés, puesto que el estilo era demasiado fluido y natural como para ser una traducción real (Southey, 1951, pp. ix-xvii).

La razón por la que decidí traducir la carta XXXI fue la variedad de acontecimientos que recoge, pues comienza con el «escritor» dejando Londres para dirigirse a Oxford. En el camino describe su experiencia mientras viaja en una diligencia inglesa; habla sobre las posadas del camino y costumbres que observa; da a conocer la personalidad de sus acompañantes ingleses, especialmente la de la dama que viaja con ellos, quien da a conocer curiosidades sobre Londres y mediante la cual se transmite la visión de una mujer corriente sobre España y otros asuntos cotidianos; describe los lugares que atraviesan y añade observaciones o anécdotas sobre estos, y, finalmente, hay una corta descripción de Oxford que anima al lector a leer el siguiente capítulo.

En cuanto a las dificultades encontradas durante la traducción, la principal fue el estilo. Si bien el libro es una edición de 1951, este fue publicado por primera vez en 1807, por lo que el lenguaje es algo arcaico. Como intentar reproducir un lenguaje con el que no estoy familiarizada podía resultar en una traducción forzada y no natural para el lector actual, decidí optar, sobre todo, por la modernización del texto, aunque, en los casos en los que una palabra tuviera varias opciones de traducción, he optado por la menos común o más formal para intentar mantener un tono menos actual. La otra dificultad más destacable ha sido la mención de nombres propios de lugares que ahora se conocen por otros nombres o de objetos antiguos como lo sería la diligencia. La solución para este problema ha sido una buena documentación. También me gustaría mencionar que cuando el autor «traduce» del español al inglés, este suprime ciertos datos que sabe que el lector inglés no necesita y que en la traducción he visto necesario añadir para dar contexto a los españoles que posiblemente no estén tan familiarizados con el mundo inglés.

TRADUCCIÓN

Viaje a Oxford. Viaje en diligencia y compañía

JUEVES, 1 de JULIO

La diligencia en la que habíamos reservado plazas partía a las seis. Nos reunimos en la posada y vimos nuestro equipaje guardado de forma segura en el *boot*, como llaman ellos al amplio espacio para transportar el equipaje situado bajo los pies del cochero: esta es una precaución necesaria para viajeros en un lugar por el que pululan canallas de todo tipo y en el que la negligencia sería tan dañina como la bellaquería. Había otros dos pasajeros que, junto a nosotros, llenaron el carruaje. Uno de ellos era, sin lugar a duda, un estudiante universitario; la otra era una mujer rolliza y vulgar que se había hecho con tartas, naranjas y licores para el viaje. Llevaba consigo un gran fardo que no se fiaba de dejar en el maletero y que era demasiado grande para dejarlo en el asiento, por lo que lo llevaba en el regazo. Un hombre y una mujer, que la habían acompañado a la posada, esperaron junto a la diligencia hasta que esta partió. Parecían ser familiares por la forma cercana en la que hablaban sobre las personas con las que la pasajera volvería, pues mandaban recuerdos a uno, pedían escuchar de otro y repitieron «Asegúrate de hacernos saber que has llegado a salvo» hasta el último minuto. El carruaje empezó a

moverse pocos minutos después de la hora establecida. El cochero azotó su látigo, como si se enorgulleciera de su destreza, y el carruaje salió traqueteando por la calle empedrada a una velocidad temerosa, puesto que iba tirado por cuatro caballos. Realizó una parada en otra posada en Piccadilly, donde todas las diligencias del oeste anuncian su entrada o salida de la ciudad. Recogimos ahí otro cargamento de paquetes. Dos pasajeros tomaron asiento en el techo y continuamos la marcha.

Dejamos la ciudad por la carretera Great Western, el mismo lugar por el que yo había llegado. Fue un gran alivio cuando cambiamos el violento traqueteo sobre las piedras por el movimiento firme de la carretera de grava, pero nos volvimos a encontrar con los caminos pavimentados en todas las pequeñas ciudades y lugares más pequeños. Además, como dichos lugares están prácticamente unidos entre sí durante una distancia considerable, pasó casi una hora hasta que estuvimos tranquilamente en el campo. Varias diligencias nos adelantaron camino arriba, a pocas millas de Londres: habían estado viajando toda la noche, pero su regularidad y su emulación era tal que, a pesar de que habían recorrido alrededor de treinta leguas y de que habían parado en diferentes lugares, ninguna estaba a más de diez minutos de distancia de la otra.

Los ingleses no son muy sociales con los desconocidos. Nuestro compañero de viaje dormía acurrucado en una esquina de la diligencia, pero las damas son más comunicativas y la buena mujer nos contó su historia al completo antes de llegar al final de la primera etapa. Nos contó que había ido a visitar a su hermana que vivía en el distrito y que ahora se hallaba de regreso a casa; que había visitado ambos teatros, el Anfiteatro de Astley y el Royal Circus; que había visto las joyas de la corona, los leones en la Torre de Londres y los elefantes en Exeter Change; y que la noche de la iluminación había permanecido en la calle hasta las dos y media, pero que no logró ver la casa del señor Otto. Descubrí que me tuvo en considerablemente mayor estima cuando le aseguré que yo había sido más afortunado, puesto que sí llegué a verla. Después maldijo a todo aquel a quien no le gustara la paz, me contó cuál había sido el precio del pan durante la guerra y cómo había caído y expresó esperanza de que el precio del *brandy* holandés y del francés bajara también. Habló con autocomplacencia sobre «Bonniprat», como lo llamaba ella, y preguntó si lo queríamos tanto en nuestro país como la gente de Inglaterra quería al rey Jorge. Cuando le dije que era español, no francés, adaptó la conversación en consecuencia: dijo que se alegraba de estar en paz con España porque el achote español y las uvas pasas venían de ahí; preguntó cómo se hacía el regaliz español y si la gente era papista y nunca leía la Biblia.

No puedes culparme por presumir del favor de una dama si digo que mis respuestas fueron tan satisfactorias que insistió en compartir conmigo sus tartas y naranjas.

Desayunamos en Slough, la segunda parada, una pequeña ciudad que parece mantenerse principalmente gracias a sus posadas. Si bien la habitación a la que nos llevaron no estaba tan bien amueblada como las reservadas para los viajeros de carruajes privados, en otros aspectos estábamos igual de bien servidos, quizá incluso de manera más eficiente. El desayuno estaba servido en la mesa y la tetera estaba hirviendo. Cuando pagamos la cuenta, dividimos la parte correspondiente de la mujer entre nosotros: es costumbre en las diligencias que en caso de haber una sola mujer en el grupo los otros pasajeros paguen por ella en las posadas.

Vimos Windsor claramente a la izquierda, en pie sobre una prominencia. Una bandera en la torre indicaba que la familia real se encontraba allí. Casi debajo de este se encontraban los pináculos del colegio de Eton, donde se educaba a la mayoría de los nobles jóvenes directamente bajo el control del soberano. Me señalaron una posada junto al camino donde, hacía varios años, un grupo entero había sido envenenado al comer alimentos preparados en un recipiente de cobre. El campo es plano, dotado de pocas elevaciones y de un verde hermoso, aunque con mucha más tierra sin cultivar de lo que supondrías que se puede permitir tan cerca de semejante metrópoli. Las cuestiones que se mencionaban en mi libro de carreteras mantenían constantemente viva mi atención: las frecuentes ciudades; el número de casas junto al camino; la aparente comodidad y limpieza de todo; los viajeros que conocimos, y las llamadas casas señoriales a la vista. Todas las casas eran de ladrillo y no vi ninguna que pareciera tener más de media década de antigüedad.

Cruzamos el río Támesis por el puente Maidenhead, cuya traducción es «doncella», el cual recibe el nombre por la ciudad cercana donde tiempo atrás se veneró la cabeza de una de las once mil vírgenes. El río es aquí más hermoso que majestuoso: de hecho, nada más grande que las barcazas navegan por él por encima de Londres. El puente es una espléndida mole de piedra y el panorama desde ambos lados es encantador, principalmente río arriba, donde numerosas casas de campo magníficas se encuentran en la orilla izquierda, entre bajos bosques. Como era un día muy agradable, D. sugirió montar en el techo, a lo que accedí, aunque en secreto me sentí algo inquieto y, a decir verdad, no pude más que arrepentirme de mi temeridad durante unos minutos. Tomamos asiento en el techo descubierto, en la parte frontal de la diligencia. Nuestros pies descansaban en una estrecha plataforma sujeta tras el asiento del cochero y en ocasiones se deslizaba bajo nuestros pies o nos los

apretaba, en función de lo lejos o cerca que estuviera cuando el coche se sacudía. No había más seguridad que una baja barandilla de hierro a cada lado para protegernos o, más bien, agarrarnos. Al principio fue espantoso mirar hacia el cochero, los cuatro caballos que cabalgaban con semejante rapidez o el rápido movimiento de las ruedas justo debajo de nosotros, pero pronto perdí todo sentido del peligro o, para ser sincero, descubrí que no existía peligro alguno más que el de mi imaginación, por lo que, si me sentaba tranquilo y no temía nada, no había en realidad nada que temer.

La carretera de Oxford se desvía aquí de la Great Western en dirección norte. Cruzamos un tramo yermo llamado Maidenhead Thicket, aunque ahora no había ningún bosquecillo, como indicaba la segunda palabra del nombre. Este era antiguamente conocido por sus robos y nuestro cochero comentó que el lugar recuperaría su reputación tan pronto como los soldados y los marineros cobraran y fueran despedidos. He escuchado premoniciones de este tipo expresadas de manera habitual. Los soldados tienen poco dinero o nada cuando son despedidos y los marineros no tardan en despilfarrar lo que tienen. Habrá, por supuesto, muchos que no puedan encontrar empleo y otros que no lo busquen. De hecho, hay marineros que hablan con gran impasibilidad sobre los corsarios de tierra, como llaman aquí a los asaltos en carretera, y hay que admitir que sus costumbres de atacar barcos están muy bien adaptadas para dejar a un lado todos los escrúpulos en lo relacionado al *meum* y *tuum*.

En Henley volvimos a tener el Támesis a la vista, que seguía siendo una corriente tranquila y hermosa. Las vistas al descender una larga colina fueron sumamente magníficas: el río serpenteaba abajo, un admirable puente de piedra lo cruzaba y justo al otro lado esperaba una impresionante ciudad, la cual era, en efecto, considerablemente más grande que las otras que habíamos pasado. La administración de estas diligencias es admirable: hay caballos listos en cada posta y los sacan tan pronto como el carruaje se acerca; apenas nos detenemos diez minutos. El cochero parece conocer a todo el mundo en la carretera: deja un paquete en una puerta; saluda a una mujer en otra; lleva un mensaje a la siguiente, y para en una cuarta para recibir un vaso de licor o una copa de cerveza que le han llenado tan pronto como han oído las ruedas de su carruaje. De hecho, vive en la carretera y se siente en casa cuando está en la caja del coche.

El campo mejoró después de dejar atrás Henley: había más colinas, estaba mejor cultivado y era más boscoso. Es imposible que no te gusten las casas de campo con toda la opulencia y ornamentos que exhiben, pero también es imposible no desear que la arquitectura residencial de Inglaterra fuera de mejor gusto. La cena nos esperaba en Nettlebed: esta fue muy buena

y lo único sobre lo que puedo quejarme es la extraña costumbre de pedir un vino que sabes que es malo y pagar un precio extravagante por algo que preferirías no beber. El cochero nos dejó aquí y recibió de cada persona un chelín, que bien se merecía, como muestra de gratitud. Volvimos entonces a nuestro sitio dentro. La cena había hecho que nuestro compañero de viaje nos conociera mejor y se había vuelto conversable. Cuando descubrió de dónde venía, me hizo muchas preguntas sobre Salamanca, la única de nuestras universidades con la que los ingleses parecen estar familiarizados y de la que deduzco solo sabe por Gil Blas. No creo que haya oído hablar nunca de Alcalá, pero escuchó con mucha atención lo que le conté. Después me ofreció cortésmente sus servicios en Oxford, ya que, como nos contó, estudiaba en Lincoln College, una prestigiosa institución de la Universidad de Oxford, e insistió en que debíamos desayunar con él la mañana siguiente.

En Nettlebed pasamos sobre el que dicen ser el terreno más elevado en Inglaterra, aunque no sé en qué pruebas se basan para afirmar esto; sin duda alguna, tiene poca probabilidad de ser cierto. Debíamos haber ascendido poco desde que salimos de Londres y viajábamos sobre tierra plana. Alrededor de las cinco en punto Oxford apareció en nuestro campo de visión y retomé mi asiento en el techo. A pesar de que este no era el mejor camino de acceso a la ciudad, nunca he contemplado algo más impresionante, más típico, más como debería de ser, que estos pináculos, agujas, torres y cúpulas alzándose entre arboledas. La ciudad se sitúa en una llanura y la carretera en los alrededores inmediatos pasa a través de campos de trigo abiertos. Entramos por un majestuoso puente sobre el río Cherwell: la torre Magdalen, cuya belleza no puede ser superada por nada, se alza al otro lado y observamos los paseos con sombra de los parques de del Magdalen College. El coche condujo hasta mitad de la High Street o vía principal y paró en la posada Angel.

FUENTE

Southey, Robert (1951). LETTER XXXI. Journey to Oxford.—Stage-Coach Travelling and Company. *Letters from England* (pp. 167-172). Ed. Jack Simmons. The Cresset Press

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Simmons, Jack (1945). *Southey*. Collins Clear-Type Press.

Speck, William Arthur (2006). *Robert Southey. Entire Man of Letters*. Yale University Press.

Zarandona, Juan Miguel (1992-1994). Robert Southey: Hispanista y traductor de obras clásicas castellanas medievales. *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria / Filología (RICUS)*, tomo XII (1), 7-27.